

YANKO EL MÚSICO

ILUSTRACIONES
DE DON ÁNGEL
FEMENÍA * *



YANKO EL MÚSICO

NACIÓ débil y enfermizo.

Las comadres del pueblo que, inclinándose para ver mejor, rodeaban el lecho, movieron tristemente la cabeza.—La madre y el niño morirán. La mujer de Simón, el cerrajero, la más sabia entre las reunidas, intentó consolar á la enferma.

—Verás, la decía, verás; encenderé un cirio; porque, hija, debes prepararte á bien morir: se irá por el cura y confesarás.

— Sí, añadía otra vecina; pero hay que bautizar al niño; no hay tiempo que perder: si queremos que muera cristiano es imposible esperar al cura.

Encendieron un cirio y rociaron con agua el cuerpo enfermizo del recién nacido, diciendo: «Yo te bautizo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y te doy el nombre de Yanko. Y ahora que tu alma inocente vuele á la celeste mansión de donde procede.— Amén.»

Pero el alma ya cristiana se negaba á abandonar aquel cuerpo, al que dijérase infundía deseos de vida. El cuerpecito se agita, alarga las piernas, y el niño echa á llorar con voz tan débil, tan triste, que las buenas mujeres al oírlo decían: «Parece un gatito.»

Llegó el sacerdote, confesó á la enferma, alentóla con palabras santas y esperanzas de cielo, y salió creyendo que el caso no era de muerte.

La enferma sanó: á los ocho días reanudaba sus habituales tareas.

El niño, siempre enfermizo, llegó á cumplir cuatro años. Al florecer la primavera del año cuarto enseñoreóse de aquel cuerpecito tan débil una enfermedad cruel. No le mató porque Dios no lo quiso, y viviendo, viviendo cumplió los diez años. Siempre delgado, marchito; sus mejillas pálidas, hundi-

das. Un mechón de cabellos, incoloros cual finísimos hilos de cáñamo, caían sobre sus ojos claros que parecían mirar lejos, fuera de este mundo.

En invierno acostumbraba á sentarse cabe el hogar, en el rincón más obscuro, y silencioso lloraba de frío y de hambre, pues á veces su madre no tenía ni leña ni pan.

En verano, vagaba errante vistiendo una camisilla ceñida por retazos de burda tela. Cubría su menuda cabeza un miserable sombrero de paja. Cuando, escondido entre arbustos, dejaba asomar su extraña cabeza, diríase que era inquieto pajarillo espiando el mundo que le rodeaba.

La madre, pobre mujer sin ahorros pocos ni muchos, le amaba á su manera. Lo que no impedía que á veces le golpease llamándole «cabeza de chorlito.» A los ocho años el pequeño Yanko era pastor, y cuando en su casa no hallaba ni un mendrugó de pan, corría las selvas buscando hongos ó hierbas comestibles.

A Dios debía agradecer el no haber sido comida de lobos. Era un pobre y pequeño ser tan débil, enfermizo y desmedrado que los del país afirmaban que jamás crecería, y que su madre nada podía esperar de aquella criatura, incapaz para el más leve trabajo. Preguntábanse admirados cómo era posible que viviese un niño tan delicado.

Una sola cosa le hechizaba: la música. La oía siempre y por todas partes. Corría los campos tras el rebaño ó las selvas buscando hongos ó hierbas, y regresaba vacías las manos, extasiado diciendo: «Mamá, en la selva hay algo que canta.» Enojada la madre, le decía: «Espera; tú sí que cantarás.» Y á escobazos le hacía llorar. Lloraba quedo, silenciosamente, pensando siempre:—¿Quién produciría en el bosque tan encantadores sonidos? ¡Las ramas de los árboles! ¡Quizás los abetos! El bosque cantaba una música alegre: ¡y la ama! ¡y ama los ecos que la repetían!

En los campos las flores se inclinaban saludándole; en el jardín los gorriones saltaban, volaban y movían las ramas del viejo ciruelo, que también cantaba. Cuando al caer la tarde oía los múltiples ruidos del pueblo que subían, subían, creía que para él, sólo para él el pueblo cantaba.

Un día le sorprendieron arrobado escuchando el susurro del viento. De entonces le llamaron Yanko el músico.

En primavera huía de su casa, y sentándose junto al arroyo silbaba al compás de la corriente tranquila.

De noche, cuando graznan las ranas y el ave agorera lanza al viento su nota triste, no podía dormir. Al amanecer, el canto del gallo madrugador, y el alegre concierto que

al despertar tejen los pájaros, llenaba su corazón de indecible alegría. Interpretaba con fruición aquel gran concierto de la naturaleza. Sólo Dios sabía cuánto gozaba y soñaba aquella alma infantil.

Su madre no podía llevarlo al templo, porque cuando el órgano, dejando oír sus voces dulces y frescas entonaba religiosas canciones, los ojos del pobre niño se llenaban de lágrimas, y parecía transportado á un mundo mejor.

El vigilante, que paseaba durante las noches contando las estrellas y hablando á sus perros para vencer el sueño, vió repetidas veces al pobre Yanko, escondido entre las sombras, junto á la única taberna donde los hombres se divertían. El inocente músico no deseaba entrar: pegado el oído á la pared escuchaba. Oía las alegres danzas populares. El violín acompañaba una voz que cantaba: «¡A comer, á beber y á gozar!» Yanko oía feliz. ¡Oh, qué no diera él para tener un violín que repitiese: «¡A comer, á beber y á gozar!» ¡Si le permitieran tocarlo siquiera una vez aquel maravilloso instrumento! Pero sólo podía oír, oír sin ver ni ser visto, y oía ó escuchaba hasta que la ronca voz del vigilante, avanzando entre las sombras que protegían al músico novel, le gritaba:

—¡Largo de ahí! ¡vete á tu casa, pilluelo del diablo!

El niño se refugiaba en su casa, oyendo á sus espaldas la voz del violín, que persiguiéndole repetía incansable: «¡A comer, á beber y á gozar!»

Era para él un fausto acontecimiento, un placer muy grande el poder oír el violín los días de casamientos, ó durante las fiestas que coronan la siega. Después de haberlo oído se escondía cabe el hogar sin fuego; sus grandes ojos brillaban en la sombra como dos carbunclos.

Después de no pocos esfuerzos logró arreglarse algo parecido al más rudimentario violín. Las crines, que hacía vibrar, producían extravagantes sonidos, bajos, muy bajos, y en nada parecidos á los del violín de la taberna, donde danzaban cantando.

Sin embargo, no lo soltaba de la mañana á la noche: ¡cuántos golpes, cuántos cachetes le valió aquel pobre instrumento! Enflaquecía visiblemente; el mechón de cabellos incoloros, finísimos, crecía en mil rizos y bucles formando bellissimo marco á su pálido rostro. Sus ojos parecían agrandarse, y repetidas veces se cuajaban de lágrimas. Su respiración era, cada vez más penosa; extinguíase lentamente con su vida.

No se parecía á los otros niños. Era como un violín sensible al menor ruido, al más suave roce.

Antes de la siega sufría hambre, viviendo



... logró arreglarse algo parecido al más rudimentario violín. Las crines, que hacía vibrar, producían extravagantes sonidos

de raíces y hierbas. Lo que sostenía aquella naturaleza débil era el anhelo violento, ardentísimo de poseer un verdadero violín.

¡Este anhelo debía serle fatal!

El criado del castillo tenía un violín, que tocaba muchos días al anochecer para divertir á las sirvientas.

¡Cuántas veces Yanko se deslizó trepando entre las hierbas y rocas que bordean el camino, esforzándose para acercarse cuanto le era posible á la puerta de donde veía el codiciado instrumento! ¡Creíase indigno de tocarlo, él, pobre niño desventurado! Y lo deseaba ardiente, locamente. ¡Tenerlo en sus manos un instante siquiera! ¡Mirarlo, tocarlo! Al influjo de este pensamiento palpataba de gozo el corazón del pobre Yanko.

Una noche no había nadie en aquella sala. Los señores viajaban por el extranjero, y el castillo parecía desierto.

Los criados habían salido. Yanko escondido entre las hierbas miraba hacia largo rato el objeto de sus sueños. En el cielo sereno la luna brillaba tranquila, y sus rayos besaban la ventana abierta de aquella sala. Los rayos se extendieron hasta la pared opuesta á la puerta, y avanzando calmamente llegaron al violín que en la pared se apoyaba. Gradualmente lo rodearon, acabando por bañarlo de luz. Dijérase que irradiaba del violín aquella luz de plata.

Era tal el brillo de las cuerdas, que Yanko no acertaba á concretar su número. En aquel baño de luz distinguíanse todos los detalles: las aberturas del instrumento, las cuerdas que brillaban hasta deslumbrar, las clavijas resplandecientes cual chispas de fuego, y finalmente el arco que colgaba al lado, meciéndose cual varilla de plata.

¡Qué hermoso! Yanko lo miraba fascinado. Agachado entre la hierba, los codos apoyados sobre las rodillas, lo contemplaba con creciente avidez. El terror le impedía moverse, y un deseo irresistible le empujaba á avanzar. ¿Era alucinación? El violín, bañado de luz blanca, se inclinaba hacia adelante; dijérase que iba á lanzarse en brazos del niño. Los árboles vistieron de negra sombra las hierbas que rodeaban á Yanko, y parecióle que aumentaba la intensidad de la luz plateada.

De súbito se levanta la brisa, los árboles se agitan dulcemente, y á hierbas y arbustos Yanko les oye decir claramente: «¡Valor, Yanko; adelante! La sala está desierta. Yanko, ¿por qué temes?»

La noche es clara y brillante. En el jardín comienza su canto el ruiseñor, y en voz muy baja le dice: «¡Valor, Yanko! ¡entra y tómallo!»

El honrado buho, volando muellemente rozando con suavidad la cabeza del niño gritando: «¡No, Yanko, no hagas eso!»

Y el violín tentador siempre brillando...

Pálido, tiritando de frío, Yanko, cual víctima de un sueño, se desliza, avanza... y el ruiseñor incansable murmura muy quedo al oído del niño: «¡Valor! ¡entra y tómallo!»

Protegido por las sombras, continúa arrastrándose; la respiración anhelante sacude aquel cuerpo tan débil. Un paso más, y entra en la sala.

En vano el buho lanza otra vez su grito de alarma: «¡No, no, Yanko! ¡por Dios no hagas eso!» El niño entra; el resplandeciente violín le fascina con encanto irresistible.

En el lago del jardín empiezan á graznar las ranas. El ruiseñor no canta, y las hierbas no murmuran.

Yanko avanza temblando; una nube cubre la luna; la obscuridad le protege.

De súbito, de un ángulo de la sombría pieza una voz áspera grita: «¿Quién va?»

Yanko no respira, y la voz repite: «¿Quién va?» Se oye el roce de un fósforo contra la pared, y juramentos y amenazas. Yanko exclama: «¡Dios mío, salvadme!» Los de la casa acudieron asustados...

Al día siguiente Yanko comparecía ante el tribunal del pueblo. Ante él como un criminal aquel pobre y tierno niño, tan enfermizo y tan débil: ante él, anonadado, preguntándose cuál sería su desgracia. ¿Podían en justicia enviar á la cárcel á un niño tan

débil, cuyas piernas temblaban sin lograr tenerlo en pie? ¿No hay piedad para los niños enfermos? ¿No sería suficiente ó más que suficiente que el guarda le diese algunos golpes, lección que le resolvería á no volver á las andadas? Así lo hicieron.

Llamaron á Stah, el vigilante nocturno.

Presentóse, movió su estúpida cabeza, y cogiendo á Yanko lo colocó bajo su fornido brazo, y sé lo llevó.

El niño no acertaba á comprender: cerró los ojos, y cual leve cuerpo inerte dejóse llevar. Cuando Stah cogiendo los azotes de cuero empezó á golpearle limitóse á gritar: «¡Mamá! ¡mamá!» Y los gritos fueron cada vez más débiles.

Yanko al recibir los últimos golpes no gritaba; podía dudarse si había espirado.

Al fin llegó la madre, y llevóse en brazos el acardenalado cuerpo de su hijo enfermo. Al día siguiente Yanko no pudo abandonar el lecho, y al anocheecer del tercer día espiraba apaciblemente.

Al rededor de la casa cantaban los pájaros en los cerezos vestidos de flores, y los alegres rayos del sol penetrando por la ventana abierta iluminaban la faz pálida y delgada del niño moribundo. ¡Quizás aquellos rayos brillantes venían á recibir el alma delicada y sensible del niño que pasó por el mundo padeciendo siempre! Antes, cuando

no estaba enfermo, Yanko escuchaba arrobado los sonidos que venían de fuera, en especial cuando al morir el día regresan del campo las alegres campesinas cantando, al compás de la flauta que tañen jóvenes labriegos, canciones populares de melancólica dulzura. Hoy, por la ancha puerta abierta llegaban, y Yanko las oía por última vez las alegres notas de vida que tantas veces le sumieron en deliciosos éxtasis. De súbito su rostro se anima, y estrechando nerviosamente el pequeño violín por él construido:

—¡Mamá! dice, ¡acércate! quiero preguntarte una cosa.

—¡Dímela, querido hijo mío! contesta su madre temblorosa, llorando.

—¡Mamá! ¿Verdad que el buen Dios... allá arriba... me dará un violín grande... de verdad?

—¡Sí que te lo dará, querido mío!... ¡Sí que te lo dará!...

Y no pudo decir más, porque el dolor ahogó su voz, cuajáronse de lágrimas sus ojos, y apoyó su cabeza en el lecho de su hijo.

Al levantarla los ojos de su querido é inocente músico seguían abiertos, pero fijos, inmóviles cual sumidos en éxtasis. La expresión de su rostro era dulce, tranquila; semejaba un rostro de marfil. Su alma había volado con el último rayo de sol.

¡Paz á Yanko!

Unos días después los señores del castillo, acompañados de su hija recién casada, regresaban de un viaje por Italia.

—¡Qué hermoso país Italia! decía el joven esposo; y ¡qué tierra de artistas!

—¡Qué suerte descubrir talentos y protegerlos! añadía la castellana.

Y las hierbas crecían sobre la tumba de Yanko... y las ramas altas de los álamos blancos cantaban en el aire un himno funeral.

